

siguió cincelando
la escultura de un Dios, en un bloque
de mármol de Pharos...!

Desde aquella escena,
siempre que se miran los dos, frente a frente,
soberbia la Muerte, ríese del Orgullo,
y altivo el Orgullo desprecia a la Muerte!

CONFIDENCIAS

(1897-1898)

EN LA PENUMBRA

A PEDRO BARRANTES

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas,
al pie de la recóndita capilla,
en una vieja iglesia solitaria,

Nadie a rezar se acerca; nadie dobla
su rodilla ante el ara de esa santa
que el polvo de los años va borrando
en la vetusta tela deslustrada...

¡Virgen de la Sonrisa, la que tiene
 las manos a los cielos levantadas,
 la túnica de oro y pedrería,
 y el terror de la noche en la mirada...!

Todo está muerto en ella, hasta el cabello
 que pende inmóvil por la yerta espalda...!

Sólo sus labios lívidos sonríen;
 y su dulce sonrisa es una lágrima
 que no termina de caer, suspensa
 en los rubíes de su boca pálida...

Mi vida es una lámpara votiva
 que esparce el oro insomne de sus llamas,
 al pie de la recóndita capilla,
 en una vieja iglesia solitaria!

OFRENDA

Hoy entre tus manos pongo enamorado
 el devocionario de nuestros amores...
 Sus raras mayúsculas de arcaicas labores
 un monje, en las sombras del claustro ha miniado.

Oirás las rapsodias del amor pasado;
 canciones y versos de tiempos mejores;
 risas y suspiros, y hasta los rumores
 de todos los besos que en sueños te he dado...!

Todas las tristezas de mi vida loca;
trovas que no ha dicho mi boca a tu boca;
extrañas nostalgias de vagos países...

¡Cuidad este libro, manos adoradas...!
¡Oh, heráldicas manos de marfil, sembradas
de azules miosotis y cándidos lises!

LOS JARDINES SOLITARIOS

Mis jardines están ebrios de flores
y sonoros de paz. Bajo la blanca
polvoreada lunar o adormecidos
en el oro del Sol, mientras las ramas
se estremecen, las hojas centellean,
las fuentes gimen y las aves cantan,
evocan nuestro amor y se preguntan:

—¿Dónde están los amantes que cruzaban,
como soñando, nuestras verdes sendas,
con las trémulas manos enlazadas,

y a flor de labios, deshojando a besos,
la blanca margarita de sus almas...?—

El canto de los claros surtidores
al desgranarse en las marmóreas tazas,
decir parece al viento fugitivo
que deshojando los rosales pasa:

—¿En qué nuevo jardín, junto a qué fuente,
acarició la seda de tus alas,
las suavidades de su cabellera
en el temblor de un beso destrenzado...?—

¡Ven de nuevo al jardín, a ornar de rosas
el noble mármol de tu frente pálida!

Sueñan las avenidas con el tenue
y suave rumor de tus sandalias;
y enlazando entre hiedras sus ramajes,
la florida glorieta solitaria,

es un alcázar de silencio y sombra
que a nuestro amor, para ampararlo, aguarda!

Las fuentes dan aromas de frescura;
los ruiseñores encantados cantan,
y como lluvia celestial del cielo
flota una vaga ondulación de plata.

Todo espera, soñando, tu regreso!
Murmura el surtidor, el árbol habla;
y todo se estremece y todo llora,
mientras entre el murmullo de las ramas
el viejo Pan sobre una fuente, inmóvil,
en el silencio del jardín, desgrana
—como voz de las cosas inefables—
los sonoros temblores de su flauta!

OASIS

A FERNANDO ALMANSA

Cansado de las locas alegrías
de la vida que pasa, fatigado
del sol, de las pupilas que llamean
de amor, rendido, penetré en el claustro.

Sólo una vieja lámpara alumbraba
la dorada penumbra del retablo.
Era un cuadro borroso: todo un símbolo!
Al pie de un Crucifijo, arrodillado,

un penitente compasión pedía,
al Cielo alzando las crispadas manos,
y con los ojos lacrimosos fijos
en las pupilas del Crucificado.

Un coro de desnudas Tentaciones
hablábanle al oído, acariciándolo,
con sus manos diabólicas más blancas
que el lino, limpio y puro, de los hábitos.

Y allá, al fondo, soberbias se veían
destacarse en el cielo azul y pálido,
las puntiagudas torres del convento
por un nimbo de sol iluminado.

Toda una vida de dolor y lucha
pasó por mi memoria, y fatigado
de glorias que son humo, de rodillas
dije, mis ojos en Jesús clavando:

—¿Dónde hallará mi corazón refugio
contra las tentaciones del Pecado?—
Y pensé entonces en la obscura celda
de los antiguos y olvidados claustros;
en largos corredores, donde suenan
igual que un eco funeral los pasos;
y en esas horas dulces y tranquilas
en que los monjes, lúgubres y pálidos,
cavan su propia tumba, silenciosos,
al pie de los cipreses solitarios!

LA CARAVANA DE MIS BESOS

El desierto es incendio funerario.
Ruge el león de hambre en las cavernas,
y entre nubes de púrpuras eternas
tiene sus áureas flechas Sagitario.

En la giba dorsal del dromedario
que lento mueve las vellosas piernas,
soñando con las húmedas cisternas,
avanza el beduino solitario.

¡Oh, fuente de frescura apetecida...!
Dejando rastros de su sangre impresos
sobre la ardiente arena enrojecida,

bajo un sol lujuriente que sofoca,
cruza la caravana de mis besos
buscando las cisternas de tu boca!

SONETOS DE AMOR

I

¡Oh, fragante visión que me provoca
a soñar una nueva Primavera...!
Sólo de ti, mi corazón espera
la última dicha que al morir invoca...!

Calma esta eterna sed que me sofoca...
¡Ven a alegrar mi hogar...! ¡Oh, compañera,
para besarte—cuerpo y alma—entera,
todo el cuerpo y el alma serán boca...!

Yo en cambio de tu amor te doy poesía;
y haré volar a ti los ideales
que hoy vagan tristes, sin nidal, dispersos...

Y acuñaré tu imagen y la mía,
para que juntas vivan, inmortales,
en el oro sonoro de mis versos!

II

En esta larga ausencia sufro tanto
que ya no sé cómo sufriendo vivo;
y no me dejan ver lo que te escribo
las nieblas fugitivas de mi llanto...!

Tu nombre vibra como un dulce canto,
a un mismo tiempo místico y lascivo...
Lo escucho de rodillas, pensativo,
y en éxtasis los ojos como un santo...

Y te miro surgir en lontananza,
ofreciendo a mis sueños la esperanza
de otros sueños más bellos, sus hermanos...

Y oigo tu voz que gime dolorida:
—¡Ay, ten piedad de esta pequeña vida,
que tiembla de cariño entre tus manos!

III

¿Por qué morir en la estación florida
cuando la vida a despertar se empieza,
si ilumina tus noches de tristeza
el santo amor de una mujer querida?

¡A un banquete de Dioses te convida...!
En su cuerpo te ofrece la belleza,
y en su alma, sagrario de pureza,
todo cuando de puro hay en la vida!

¿Por qué morir si tu cariño ardiente,
donde la ciega adversidad se estrella,
te cubre el corazón como un escudo...?

Y algo me dice silenciosamente:

—¡Porque la muerte te unirá con ella
como jamás la vida unirte pudo!

IV

Si estas lúchas internas y sombrías
de mi carne y mi alma conocieras,
de espanto y de terror palidecieras,
y hasta quedarte ciega llorarías!

Mis pensamientos van como jaurías
persiguiendo la presa en sus carreras,
y se destrozan, tigres y panteras,
por devorar mis pocas alegrías...!

¡Oh, tú recuerda, la visión radiosa
hecha de nieve y pétalos de rosa...!
Cuando de mi memoria te levantas

se apacigua el furor de mis pasiones,
y mis tigres más fieros, mis leones,
humildes llegan a besar tus plantas!

LAS HORAS QUE PASAN

(1900-1902)

LA CANCION DE LA VIDA

El eco melancólico de mi canción doliente,
ahora no hará que inclines la pensativa frente

sobre el devocionario de las Meditaciones...
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales;
los espejos reflejan paisajes orientales,

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas, que, aleteando, quieren alzar el vuelo,
para cantar la Vida bajo el azul del cielo!

En el aire hay caricias... La campiña está en fiesta;
un incendio de púrpura llamea en la floresta,

y revoloteando, en las torres vecinas,
parece que nos hablan de amor, las golondrinas...

¡Abandona, poeta, castillos medioevales,
donde encantadas sueñan princesas ideales;

ojos sin sol, de vidrio: mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas!

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un fru-fru de encajes y seda que se aleja;

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia!

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa, se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente...! Esa desconocida
que el azar a tus brazos ha arrojado, es la Vida...

Mañana será otra, igual o indiferente;
morena, rubia o pálida, insensible o ardiente!

Será acaso más bella, quizás será más loca...
¡Darás el mismo beso aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate... Es un festín la Vida!

Sonríe eternamente — es un sabio consejo —
al placer, como un niño; y al dolor, como un viejo!

La luz fulge... Se pueblan los aires de canciones...
Es la hora bendita de las Iniciaciones...

El sol, como una inmensa y lúbrica mirada,
incendia en un relámpago de luz a la enramada...

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento,
y se besan los árboles a los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores...!
¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales flores!

¡Aún hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, digno de recibir tu beso!

LA CIUDAD MUERTA

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que a la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas. Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas... Ni una sombra,
ni una luz, ni una queja.
El musgo crece en las ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

¡Silencio secular, ciudad sin vida,
elegía de piedra
que llora el abandono de una raza,
que a Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que a la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

LA CASA MUERTA

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.
Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma a las ventanas...
¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo a la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...
¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved a vuestras tumbas solitarias!

¡El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y a la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas!

MYOSOTIS

A ENRICO CORRADINI

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que a la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró a nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida!

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna
senda, se apaga el eco de unos pasos distantes,
y de los negros árboles las sombras ondulantes
tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una
escala monótona de notas vacilantes,
el surtidor aventa su polvo de diamantes
temblando bajo el pálido resplandor de la Luna.

El alma solitaria de Chopín, de una mano
enferma a las caricias, preludia el piano
los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
La última luz se apaga, y en la selva sombría
palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora!

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda...
Y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume a los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...

No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que al contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño!

IV

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
penetra tembloroso un rayo de la Luna,
envolviendo la estancia melancólica, en una
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
vuela una tenue esencia, un perfume bendito,
que recuerda aquel vago perfume favorito
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

a la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente a la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor a sepultura.

Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va extinguiendo. El tiempo se oye apenas
 como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas...
 Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
 al ver entre el ramaje a la Luna amarilla
 que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

—Do, Re, Mi, Fa... —La virgen da lección de solfeo.
 Sobre el atril abierto donde el método ondea,
 siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
 el lirio de sus manos que en las sombras blanquea.

—Fa, Sol, La, Sí... —Su acento diluye una fragancia
 sutil, cual si de pronto por una vidriera
 rota, llegase tibia a alegrar nuestra estancia
 una fragante y cálida brisa de Primavera.

—Si, Do, Re, Mi... —Suspiran los labios infantiles.
 ¡Oh, Amor, Amor romántico de mis catorce abriles!
 Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho...
 ¡Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
 corazón que quería saltárase del pecho!

VII

Tienen estos jardines esa lujuria triste
 y caduca del último beso de despedida.
 Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
 y en el beso se pierde la noción de la Vida.

El aire es como una tibia mano de seda
 que nos va adormeciendo a fuerza de caricias;
 y en la sombra del verde sueño de la arboleda
 hay bancos solitarios y altas hierbas propicias.

Edén de encantamientos; fabulosos jardines
con músicas de aguas y aromas de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,

hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida,
y proseguir besándose a través de la Muerte!

VIII

Ten para todo, amada, una misma sonrisa,
porque todo es lo mismo, los astros y las rosas,
el huracán que atruena y la fragante brisa...
En todo la infinita vanidad de las cosas.

Es tan breve el camino por donde caminamos
que no vale la pena de pararse un momento...
Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento!

El dolor es la sangre que corre por las venas;
 nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
 Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...

Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
 Goza tu dicha: muerde la fruta del camino
 antes que de madura caiga podrida al suelo!

AURORA TRISTE

A ALEJANDRO SAWA

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
 Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
 en las floridas rejas de la ventana trina,
 agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas y las ventanas todas
 sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...
 ¿Un poeta que escribe canciones a su amada
 o una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando, va a extinguirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
a algún pálido rostro que, llorando, se inclina
a cerrar unos ojos que jamás han de abrirse!

VELADAS DE AMOR

(1901-1903)